

muchos siglos, está á punto de hacerse dueña de un país cuya independencia debe ser tan preciosa como la misma independencia de Inglaterra.—Como medida de conveniencia, como medida política, vuestra guerra contra la España, ó por mejor decir, contra la revolución española, ó en otras palabras, contra la libertad española, es una medida de sabia y verdaderamente profunda política. Vais á tomar posesion del país, vais á hacerlo vuestro, sino de nombre, á lo menos de hecho. Nada es mas verdadero que vuestra observacion de que sino cambiáis el gobierno de España, sino lo enlazáis á la Francia, como en otro tiempo, habreis perdido vuestra antigua fuerza.

«Vuestras razones para subyugar la Francia son mas fuertes de lo que serian las nuestras para subyugar la Irlanda, si la Irlanda no formase ya una parte de este reino. Hay un brazo de mar entre la Inglaterra y la Irlanda; pero nada separa la Francia de la España. Si la Escocia fuese un reino separado, ¿cuán necesario sería que la Inglaterra la incorporase á su territorio! Nosotros recordamos las muchas veces que la Inglaterra ha sido invadida por los escoceses; pues bien: un ministro francés que mira un mapa de España, y vea la facilidad infinita con que puede desembarcar en este reino un ejército extranjero, que con los españoles coopere contra la Francia; un ministro francés, repito, sería indigno de su puesto, si viendo este peligro, no aprovechase la menor ocasion de atraerle. Vos, caballero, veis este peligro, lo señaláis con franqueza, y os manifestais resuelto á ponerle fin, si podeis. Nuestro negocio es impedirlo que realiceis vuestro propósito; este es el imperioso deber de nuestros ministros, pero si desprecian este deber, ó no son capaces de llenarlo, esto en manera alguna da á sus partidarios el derecho de decirlos injurias. Yo, como inglés, os doy gracias por haber confesado francamente vuestro objeto. Vos decís de una manera explicita que la Francia ha sido invadida por la frontera de España. El mundo entero sabe que un ejército inglés ha marchado desde España á Paris, despues de haber atravesado un país que nunca habia visto anteriormente un ejército enemigo. Pues bien, caballero, el mero recuerdo de este hecho es bastante para estimular á toda la Francia á la guerra, y es mas que bastante para estimular á toda la Inglaterra para salirle al encuentro en esta guerra. ¿Cómo nosotros, bajo cuyas alas han sido organizadas las primeras cortes; nosotros, que hemos gastado 150.000.000 de libras esterlinas para expulsar á los franceses de España; nosotros que hemos implícitamente prometido nuestra proteccion al pueblo español, dejaremos enmohecerse nuestras armas, y limitaremos nuestros esfuerzos á estrepitosos é importantes discursos, y algunos artículos de periódico? No es de vuestra incumbencia el responder á esta pregunta; esta cuestion debe debatirse entre el gobierno y el pueblo inglés. Y no obstante, es una pregunta que exige una pronta contestacion. Si la respuesta es afirmativa, podremos en tal caso decir á este pueblo inglés, en otro tiempo tan altivo y valiente. «He aqui las consecuencias de tu intervencion en los negocios de las naciones extranjeras, de haber intentado obligar á las demás naciones á someterse á gobiernos elegidos por tí, y de haber contraído una deuda de centenares de millones para llevar á cabo este objeto.

«Diré, para concluir, caballero, que os ruego esteis seguro de que no hago otra cosa que expresar la opinion de todos los hombres honrados y sensatos de este país, cuando digo que desprecio altamente á todos aquellos que, ya en las cámaras, ya en las calles, ya en sus discursos, ya en artículos de periódico, han recurrido á injurias contra vos y contra el gobierno francés. Nada parecido á esto se encuentra en los discursos de sus oradores ni en los artículos de vuestra prensa política.

Soy, caballero vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

COBBET.»

Tal es la carta del publicista popular; un nervio que renace de sí mismo, una razon nunca alterada por la pasion política, una ironía tanto mas punzante cuanto que está mitigada por la urbanidad, todas estas cualidades brillan en esta pequeña obra maestra de Cobbet, superior á las cartas de Junio, aunque de un estilo menos puro.

Si me creyese obligado á hacer la apología de la empresa de España, me bastaría presentar esta carta del radical cuyo carácter, talentos y principios han perseguido los Estados-Unidos y la Inglaterra. Cobbet, violento revolucionario, no se inclinaba hácia mí por sentimiento alguno, pues detestaba á los nobles y á los realistas, á cuyo partido se me juzgaba afiliado; habia comprometido á Luis XVIII á que los alejara de su consejo como ineptos y opresores; y no obstante, este hombre fue el único que en aquella época se encargó de defenderme, me hizo justicia y juzgó sensatamente, así de la guerra de España, como de mi idea de devolver á mi patria la fuerza de que se la habia despojado. Afortunadamente no comprendió toda la estension de mi plan; no adivinó mi proyecto de romper ó hacer modificar los tratados de Viena, y de extablecer monarquías borbónicas en América; si hubiese levantado todo el velo, hubiera puesto la Francia en peligro, porque los gobiernos europeos estaban ya alarmados.

XLIX.

Trabajos diplomáticos.

He concluido ya de recordar estos debates, por constituir una parte integrante, y sin embargo, separada de la guerra de España; despues de esta historia hablada, voy á continuar, ó por mejor decir, á empezar la historia escrita de esta guerra. Para esto, no tengo que hacer sino publicar mi correspondencia privada con Londres, San Petersburgo, Viena, Berlin y Madrid. La animacion, la actualidad, la espontaneidad, cualidades vivas de las correspondencias directas, desaparecerian en el estilo indirecto del narrador. Si como la mayor parte de los secretarios de Estado, hubiese encargado la redaccion de los despachos á mis gefes de seccion, contentándome con anotar el margen, estos despachos no tendrían mas valor que el de unos documentos de fábrica hechos en la máquina de las oficinas; preferible sería sin duda en tal caso comprar estas banalidades, para extractar de ellas una historia. Pero pocos diplomáticos se han hallado en mi posicion, pues la casualidad habia colocado una vez en un elevado puesto á un hombre acostumbrado á escribir. Por esta razon, mi correspondencia presenta el sello de un carácter individual; mis cartas, hijas de mi cabeza, son tambien hijas de mi mano. El público, que ha visto mis obras literarias, va á ver ahora mis obras diplomáticas, mezcladas con las cartas que recibia de los reyes, de los ministros, de los generales y de los embajadores.

Antes de emprender esta lectura, recomiendo el recuerdo de mi objeto, que quiero volver á indicar: debe luego leerse con atencion la exposicion de los obstáculos de todo género que me rodeaban. Cuando tenga en la mano este hilo, podrá el lector recorrer sin extraviarse, el laberinto de las cartas; comprenderá el por qué escribo tal cosa á tal gabinete, en aparente contradiccion con lo que escribo á tal otro; y no necesitará, ó las necesitará poco, notas explicativas acerca de un hecho tocado con oscuridad de paso en estas cartas.

L.

Que es preciso distinguir las ideas revolucionarias del tiempo, de las ideas revolucionarias de los hombres.—Que la España es la forzosa aliada de la Francia.—¿Por qué?

Lejos de excusarme por la guerra de España, la considero como un honor para mí, ya lo sabeis y lo repito. Su resultado hubiera sido tan útil como fue glorioso, si me hubiera concedido el tiempo necesario para recoger la mies que habia sembrado.

Tratábase en primer lugar de salvar á los Borbones. Volved á leer las pruebas anteriormente aducidas y aun no refutadas acerca de la conspiracion de los Carbonari. Yo tenia por fortuna, la conviccion, contra la opinion general de que los obstáculos eran superables: mi excusa era mi confianza, y mi fe me absolvía y salvaba.

No es esto decir que me propongo presentar en definitiva á la monarquía de la trama de los siglos; el universo cambia, los principios nuevos destruyen gradualmente los antiguos, y la democracia propende á reemplazar la aristocracia y la monarquía. Es preciso abstenerse de incurrir en el error de tomar estas ideas revolucionarias del tiempo por las ideas revolucionarias de los hombres, lo esencial es distinguir la lenta conspiracion de los siglos, de la atropellada conspiracion de los intereses y sistemas. Si no se separan estas dos cosas, se correría el peligro de perseguir al género humano, en lugar de perseguir á una faccion. Esto es lo que he comprendido y me he esforzado por conseguirlo, por detener ese movimiento facticio que precipitando la sociedad con demasiada prisa en el sentido de su pendiente, la impediría recobrar su nivel, cuando el mundo se transformase en república ó en monarquía republicana. Cuando se rompen violentamente las trabas, casi siempre se vuelve á ser cogido y encadenado, porque solo hay libertad duradera para aquellos cuyos grillos ha gastado el tiempo.

Proponíame, pues, en primer lugar poner el trono apenas restablecido al abrigo de esa propaganda de clubs y ventas que nos llegaba por el peor de los conductos, la demagogia militar, la constitucion de los mamelucos españoles; y pretendia en segundo lugar, dar soldados á la Francia y atraerle de nuevo su natural aliada.

La España se habia hecho inglesa, porque en virtud de las instituciones que se habia dado y de la influencia que la Gran Bretaña habia adquirido durante la guerra de la Independencia, era evidente para mí que nuestros enemigos triunfarian de nosotros en el consejo de Madrid, que de cambio en cambio, se llegaría, ya por medio de la corrupcion legislativa, ya por los vicios ó la debilidad del príncipe á alguna innovacion desastrosa en el orden de sucesion al trono.

De aquí surgia uno ú otro de estos peligros: ó la Francia volvía á caer en los desórdenes del jacobinismo, bajo la inspiracion de los jacobinos españoles, ó la corona católica pasaba por matrimonio á alguna familia extranjera: cosas ambas á las que un ministro del rey de Francia debia oponerse á todo trance. En el establecimiento de la ley sálica en Madrid, no se trataba de la herencia de los Borbones, sino de la salvacion de la Francia. ¿Creeis que el tiempo de esta ley ha pasado? Entonces, ¡acabad! Conviértanse inmediatamente en repúblicas la Francia y la España, ó preparaos á conquistar la España y agregarla á la Francia. Si no llegais hasta aquí, nuestros nietos os maldeciran sobre un suelo exhausto, atormentado y destruido.

En estos momentos se ocupan algunos de una política diaria, sin prevision y sin máximas; no obs-

tante, el acontecimiento cuya consumacion se ha sufrido porque su efecto no era instantáneo, delata al desarrollarse, las ínfimas políticas que no han sabido descubrir el mal en su origen. La España en su estado de dominio enajenado, tiene una salida sobre nuestro territorio; ¿no desembocó por esta salida en 1814 el ejército del duque de Wellington? Desde el cardenal de Richelieu hasta el duque de Choiseul, los hombres de Estado de nuestro gabinete nunca han perdido de vista la union obligada de la península hispánica á este suelo de la Francia, por medio del cual comunica con Europa.

Sin remontarnos á los tiempos de la reina Brunquilda, de Cario-Magno y de la madre de San Luis, ¿no tenemos el tratado del rey Juan y de Pedro, rey de Castilla en 1331, con motivo del casamiento de Blanca de Borbon; el tratado de Carlos V y de Enrique II, el Magnífico rey de Castilla en 1368; la renovacion de la misma alianza en 1380; el tratado de Carlos VI y de Juan, rey de Castilla en 1387, contra la Inglaterra, fue renovado en 1408; el tratado entre Luis XI y Juan II, rey de Aragon, lo fue en 1462; el tratado del mismo Luis XI y de Enrique, rey de Castilla y Leon, en 1469; y otro tratado con Fernando é Isabel, reyes de Castilla y Aragon, en 1478. Luis XII renovó este tratado en 1498; Germana de Fox, sobrina de Luis XII, fue prometida en matrimonio á Fernando, rey de España en 1505, lo que dió ocasion á un nuevo tratado de alianza.

El tratado del 13 de diciembre de 1640, con Luis XIII y el principado de Cataluña, las condiciones de Barcelona, del 19 de septiembre de 1641, nos dieron derechos sobre Cataluña. Celebróse posteriormente el tratado de los Pirineos del 7 de noviembre de 1659, y el contrato matrimonial de Luis XIV, tratados ambos que acompañaron y siguieron á la guerra de Sucesion, desde 1701 hasta 1713. Finalmente, el Pacto de familia en 1768, que en su artículo 18 declara: «Que los Estados respectivos deben ser mirados y obrar como si no formasen mas que una sola y misma potencia.»

Considerad todo el mal que la España nos ha hecho en tiempo de Francisco I. de Enrique II, de Carlos IX, de Enrique III, de Enrique IV y de Luis XIII, cuando ha estado separada de nosotros y cuando las hijas de Enrique III y de Felipe IV no habian aun subido al trono de Hugo Capeto.

La prueba tal vez mas concluyente de la necesidad para la Francia de poner completamente á cubierto su frontera de los Pirineos, fue el tratado firmado en el Haya el 11 de octubre de 1698; este tratado que no llegó á ponerse en práctica á causa de la muerte del príncipe de Baviera, decia: que el príncipe electoral de Baviera sería designado rey de España que el Delfin poseería los reinos de Nápoles y Sicilia, las plazas dependientes de la monarquía española en la costa de Toscana, la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y el puerto de Pasages. Es extraño únicamente que en este proyecto de tratado no se hable de las colonias españolas, á no ser que se cediesen en secreto al rey de Inglaterra y á los Estados-Generales copartícipes; pero de todas maneras se ve el cuidado que tenia la Francia de cerrar la frontera haciéndose dar la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y Pasages.

Si se objetase que todo ha cambiado y que los intereses no son ya los mismos, se incurria en error: es cierto que la autoridad de los antiguos tratados y de las antiguas políticas no siempre debe ser reconocida; pero debe serlo cuando todos estos tratados y todas estas políticas estan acordes en un punto; cuando las pequeñas y las grandes inteligencias han estado de acuerdo; lo cual forma un espíritu de razon nacido de un interés permanente é igual que ni el tiempo, ni las constituciones, ni los hombres pueden cam-

biar. Este acuerdo de todas las políticas es al interés del Estado, lo que el consentimiento universal de los pueblos á la existencia de Dios.

En 1792, M. Burke decía en sus *Memorias* acerca de los asuntos de Estado: «La España no es una potencia que puede sostenerse por sí misma; le es preciso apoyarse en la Francia ó en la Inglaterra. Importa tanto á la Gran Bretaña impedir la preponderancia de los franceses en España, como si este reino fuese una provincia inglesa, ó como si dependiese tanto de ella como el Portugal. Esta dependencia de España es de una importancia mucho mayor, porque si esta nación fuese destruida ó sometida á cualquiera otra dependencia que la de Inglaterra, las consecuencias serían mucho más funestas. Si la España se ve obligada por la fuerza ó por el miedo á firmar un tratado con la Francia, será preciso que le abra sus puertos, que admita su comercio, y que mantenga una comunicación por tierra con los paisanos franceses.

«La Inglaterra puede, si lo tiene á bien, consentir esto, y la Francia hará una paz vencedora y avasallará enteramente la España, y se abrirá todos sus puertos.»

Basta dirigir una mirada sobre el mapa y sobre la historia para juzgar acerca del interés que tenemos en la unión de ambos reinos. Si estamos en desacuerdo con España, nuestras provincias del Mediodía se encuentran privadas de un comercio que constituye la riqueza, y nuestra marina, falta en ambos mundos de los auxilios y de los puertos tan necesarios en nuestros conflictos con los ingleses. Durante la guerra de 1756, los esfuerzos de la España nos libraron de las vergonzosas condiciones que nos fueron impuestas por el tratado de 1763, y en 1778 y la unión de las dos marinas obligó á la escuadra inglesa á refugiarse en el canal de San Jorge. La república conoció, en la presencia de un ejército español el peligro de dejar abierta nuestra frontera del Languedoc y del Bearn, y se dió prisa á concluir la paz de Basilea. Bonaparte conoció igualmente la necesidad política; pero en lugar de hacerse de la Iberia una aliada, quiso conquistarla, cometiendo en esto un inmenso despropósito.

El advenimiento de los Borbones al trono de Carlos II no fue un mero asunto de testamento y de aceptación de un legado; fue un acto de alta ciencia diplomática que no se consiguió á un precio demasiado costoso: al precio de las desgracias de la guerra de 1701. La España es uno de nuestros flancos, que nunca debemos dejar descubierto; la España es un satélite que debe permanecer siempre dentro de nuestra órbita para la regularidad de sus movimientos y los nuestros.

Las ventajas de la buena inteligencia de los gabinetes de Madrid y París, eran también comprendidas por la Inglaterra, que un artículo secreto de sus tratados en 1815, prescribe la destrucción del Pacto de familia. La España inglesa y austriaca desarrolla á nuestra vista una nueva frontera que defender; nos remontamos al reinado de Felipe II, y perdemos la obra de Luis el Grande. Además, no siendo ya respetado el territorio de la Suiza, quedamos sujetos á heridas así por el lado de los Alpes como por el lado de los Pirineos.

Este es el peligroso estado que he emprendido hacer cesar, á fin de que volvamos á colocarnos dentro del inviolable recinto en que descansaba la Francia desde el siglo XVII. Merced á los esfuerzos de Luis XIV, no nos quedaba sino una sola línea que defender desde Tournay hasta Basle; pero Vauban había erizado esta línea de fortalezas; la Francia estaba cerrada como una caja, y no se podía penetrar en ella sino por una abertura de fuego al Nordeste, y por dos entradas, una al Oeste, otra al Mediodía; entradas cuyas puertas guardaban nuestras escuadras y dos mares.

## LI.

Tratados de Viena.—Pasaje de la MEMORIA ACERCA DE LOS ASUNTOS DE ORIENTE.—Gabinete de Luis XVIII.

Ahogada la demagogia, dominada nuestra aliada por nuestra atracción, de nuevo encontrado un ejército, debíamos recobrar inmediatamente nuestro rango político y militar. En tal caso, en el gabinete ó debajo de la tienda de campaña, estábamos en el caso de hacer modificar de buen grado ó por la fuerza los odiosos tratados de Viena, y de restablecer el equilibrio roto entre Francia y las grandes potencias.

La inmensa falta del congreso de Viena, consiste en haber puesto un país militar, como es el de Francia, en estado forzoso de hostilidad con los pueblos ribereños.

Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que ha hecho en las colonias de las tres partes del mundo durante la guerra de la revolución. En Europa se posesionó de Malta y de las islas Jónicas: hasta su electorado de Hannover se ha hinchado en reino y se ha forrado de algunos señoríos.

Austria ha aumentado sus posesiones con una tercera parte de la Polonia, de las raeduras de la Baviera, y de una parte de la Dalmacia y de la Italia. Es verdad que no tiene los Países-Bajos; pero esta provincia tampoco ha sido devuelta á Francia.

Prusia se ha engrandecido con el ducado ó palatinado de Posen, y con un fragmento de la Sajonia y de los principales círculos del Rhin: su puesto avanzado está sobre el antiguo territorio francés.

Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha establecido en los bordes del Vístula.

¿Qué ha ganado la Francia en esos arreglos? el que se la despojase de sus colonias, y no se respetara su antiguo territorio: Landau desprendido del dominio de esa nación y Huninga arrasado, abren extensa brecha en sus fronteras. Un combate desgraciado bastaría para que sus enemigos pudieran penetrar hasta París. La experiencia ha demostrado, que una vez caída esta capital, cae toda la nación con ella. De manera, que hablando con toda verdad, puede decirse que la independencia nacional francesa está entregada al azar de una sola batalla, y á una campaña de ocho días. La repartición envidiosa é imprudente del congreso de Viena, obligaría en un tiempo dado á la Francia á transportar su capital al otro lado del Loire ó á extender sus fronteras hasta el Rhin. No se crea que esto es una absurda bufonada: la Holanda victoriosa en Mons, podría venir á descansar al Louvre. Los inútiles gritos de París ¿serían más eficazmente oídos del resto del territorio que lo que lo fueron los de la restauración? Las demás capitales de Europa guarecidas en sus provincias, defendidas por las plazas y las poblaciones que las cubren, no tienen tanta importancia, y aun cuando fuesen tomadas, no por eso quedaría destruido el Estado á que pertenecen. Todo lo contrario sucede con la Francia, tal cual los aliados la han dejado construida.

No sabemos si en el proyecto de rodear á París con fuertes aislados entra por algo la prevision de los peligros á que se halla expuesta esa capital. Pero el remedio sería peor que la enfermedad, pues cuando el enemigo llegara á apoderarse de alguno de esos fuertes, podría convertirlos en puntos de apoyo de la invasión, y no mediando algun incidente, esos fuertes vendrían á ser el campo atrincherado de los pretorianos.

El pensamiento de obtener fronteras por la vía de la fuerza ó por la de las negociaciones, no era un pensamiento quimérico: en un folleto escrito en 1831, demostramos que la Francia perdió en esa época una ocasión que no volverá á encontrar: era tal el terror

que entonces inspiraba á los reyes, que habría alcanzado cuanto hubiese querido sin disparar un balazo. ¿No siguen los franceses ocupando á Ancona con gran disgusto del Austria? ¿No ha saludado respetuosamente Prusia las bombas francesas durante el sitio de Amberes, admirando en la oscuridad de la noche las parábolas luminosas de estos proyectiles? ¿No se ha interesado en el efecto que producía el mortero monstruo? M. de Metternich dijo que el arresto del arzobispo de Colonia era un grande acontecimiento, y tenía razón, suponiendo que Francia hubiese sabido verlo y aprovecharse; que hubiese querido aconsejar y sostener al papa en su resistencia legítima; que hubiese conocido el espíritu alemán, y que hubiese entrado francamente en los intereses religiosos de las provincias resentidas. Verdaderos hombres de Estado sabrían combinar la reunion de los círculos católicos del Rhin con la Francia, y prepararían una transacción tanto más duradera, cuanto que se fundaría en una idea civilizadora, en la religión. Durante la guerra de España en 1823, no habría faltado apoyo á la Francia para ayudarle á conseguir una extensión de fronteras reclamada por el interés del nuevo equilibrio europeo: Alejandro había sido siempre de opinión que Francia había sido demasiado despojada; comprimida entre el emperador y la nación francesa no habría podido resistir la Europa alemana á tan justas reclamaciones; el czar al ver el prestigio adquirido por las armas francesas en la península, habría naturalmente vuelto á sus antiguas nociones de equidad; era fácil obligar á la Prusia volviendo á interesarse por el arreglo de la Sajonia, abandonada al congreso de Viena por un cántaro de vino de cuatro millones.

Las pruebas de nuestra aversión á los tratados de Viena son numerosas: respiran en todos nuestros discursos y nuestros escritos antes de la guerra de 1823, y después de esa guerra tampoco nos ha abandonado nunca la idea de dar útil ensanche á nuestra patria. La *Memoria sobre los negocios de Oriente*, que el conde de La Ferronnais nos pidió, hallándonos de embajador en Roma, reproduce la misma opinión, como se ve de las siguientes palabras.

«Hemos demostrado lo bastante que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria contra Rusia, es engañosa, y que de ella solo sacaríamos pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza con Rusia, por el contrario, nos pondría en el caso hasta de adquirir establecimientos en el archipiélago, y de avanzar nuestras fronteras hasta las orillas del Rhin. Podemos hablar á Nicolás de esta manera: «Vuestros enemigos nos solicitan: nosotros preferimos la paz á la guerra; deseáramos guardar neutralidad; mas si no podeis arreglar vuestras diferencias con la Puerta, mas que por medio de las armas; si quereis ir á Constantinopla, entrad con las potencias cristianas en una equitativa repartición de la Turquía europea. Las potencias, cuya situación no les permita adquirir nuevos Estados por el lado de Oriente, sean indemnizadas en otros puntos. Francia desea tener la línea del Rhin desde Estrasburgo á Colonia. Tales son sus justas pretensiones. Rusia tiene un interés (asi lo dijo vuestro hermano Alejandro) en que la Francia sea fuerte. Si consentis en este arreglo y las demás potencias no se prestan á él, no toleraremos que intervengan en vuestras diferencias con la Turquía; si os atacan á pesar de nuestras manifestaciones, combatiremos á vuestro lado, mediante las condiciones que acabamos de expresar.»

Esto es lo que pudo decirse á Nicolás. Jamás la Austria, jamás la Inglaterra nos habrían dado el límite del Rhin por precio de nuestra alianza con ellas; y sin embargo, ese es el límite donde tarde ó temprano Francia debe fijar sus fronteras, tanto por su honor, como por su seguridad.

Esa idea retrospectiva, que acariciamos en secre-

to, como que debía derivarse del éxito de las armas francesas en la península, no la comunicamos á nuestros colegas bastante desgraciados de haberse comprometido ya en hostilidades en forma de proyectos, de queja y de vagas esperanzas.

Cierto día fuimos á despauchar con el rey y lo encontramos solo sentado junto á su pequeña mesa, en cuyo pupitre se apresuró á ocultar las notas que siempre estaba escribiendo á beneficio de unos anteojos de gran potencia. S. M. estaba de buen humor y en el momento se puso á hablarnos de literatura.

«Creeríais, nos dijo, que he pasado una porción de años sin conocer la cantata de Circe, M. de Avaray me lo ha echado en cara, y la he aprendido de memoria.» En seguida S. M. se puso á recitar la cantata.

De aquí pasó al cántico de Ezequías, y cuando llegó á esta estrofa:

Como tigre insaciable etc.

nos tomamos la libertad de preguntarle si conocía la enmienda hecha por Rousseau substituyendo á esas palabras las siguientes:

Cual leon bramando de ira, etc.

El rey se manifestó sorprendido y nos hizo repetir la cambiante. De la poesía lírica pasó á la familiar, á las canciones vulgares y á las zarzuelas: cantó un retazo del *Chanclo perdido* y también nos atrevimos á interponer algunos versos:

Puede hablarse mas bajo,  
mi querida pastora.

El rey representaba el cardenal de Richelieu, y nosotros veníamos á ser un Conrat ó un Maleville ayudando á Armand á compaginar aquel hermoso verso:

La caña se humedece con la espuma del agua.

Viendo á S. M. de tan buen humor le presentamos sobre nuestro sombrero lo que teníamos que despauchar, deslizándolo al propio tiempo á propósito de nuestras victorias, algunas palabras acerca de la frontera del Rhin. S. M. alargó los labios, dió un pequeño resoplido; levantó un dedo de la mano derecha á la altura de su ojo y nos hizo una amistosa indicación de cabeza invitándonos á tomar la puerta y como diciéndonos: «Hasta la vista.»

Por todas partes se va á Roma.

Por mucho que procurásemos sepultar en nosotros mismos nuestro pensamiento relativo á los tratados de Viena, un despacho de M. de Raynal demuestra que se nos sospechaba en Prusia: esta potencia se quejaba de la Inglaterra que por su oposición nos forzaría á redoblar la actividad y nos haría temibles para el continente. Por otra parte, M. de La-Ferronnais en una de sus cartas, refiere los temores que el Austria manifestaba de las victorias que la Francia iba alcanzando: decía el Austria refiriéndose á los franceses: *esos hombres se envanecerán, y podrá temerse de ellos cualquiera cosa.* Mas afecto profesaba el gabinete de Viena á la nación francesa cuando ponía en duda la lealtad del ejército de esta.

## LII.

Hay que crear dos máquinas políticas.—Envidias por todas partes.—Pretension de Nápoles.—La Rusia.—Ordenanzas de Andújar.—El duque de Angulema.

Para la ejecución de esos proyectos, necesitábamos dos máquinas capaces de levantar pesos enormes: un ejército para hacernos dueños del terreno, y una junta española para hablar á esta nación en nombre de sus hijos, á fin de que las guerrillas realistas, diseminadas en la península, se sometieran á la obediencia.